

EL BIBLIOTECARIO MELANCÓLICO¹

En 1968, Gabriel García Márquez reconoció en público que, a pesar de no apreciar mucho las opiniones políticas de Jorge Luis Borges, lo leía cada noche. Aludía entonces a la declarada oposición de Borges a la Revolución Cubana, y quizá también a la condena de Juan Domingo Perón en una época en la que algunos argentinos intentaban redimir al populista autoritario, al que consideraban emancipador de la clase trabajadora. A finales de la década de 1960, la política de Borges distaba mucho, sin embargo, de llegar a su punto culminante. En 1976 recibió el golpe del general Videla con expresiones públicas de apoyo, y aceptó honores de la dictadura chilena, como una cena privada con Pinochet. En cuestión de meses, Borges había prestado su considerable prestigio a dos de los regímenes más infames de América Latina. Siguió en la misma tónica, insultando abiertamente a sus enemigos de la izquierda al despreciar a figuras políticas y literarias como Che Guevara o Federico García Lorca. Como subraya Edwin Williamson en la biografía diligentemente investigada del fabulista argentino, las declaraciones políticas de Borges «causarían un daño irreparable a su reputación en el país y en el extranjero».

Aunque el entusiasmo por los relatos de Borges ha llevado a algunos críticos a quitar importancia a las declaraciones extremistas hechas por el escritor en la década de 1970, que afirman que eran las declaraciones de un provocador en su torre de marfil, Williamson demuestra que Borges no se mantenía en absoluto ajeno ni desinteresado cuando realizaba declaraciones políticas. Por el contrario, se mantuvo tan al tanto de los acontecimientos históricos de Argentina durante la dictadura como lo había hecho durante la mayor parte de su larga vida. El estudio de Williamson no es, por consiguiente, apologético; ofrece una descripción equilibrada de la actitud pro dictatorial de Borges y sitúa las opiniones políticas del autor en una perspectiva más amplia. Existen ya varios libros que analizan la vida de Borges, y desde la década de 1960 se han publicado numerosos resúmenes biográficos en diversos idiomas, incluido el propio «Ensayo autobiográfico» escrito en 1970 para la edición en inglés

¹ Edwin WILLIAMSON, *Borges. A life*, Nueva York, Viking, 2004, 574 pp.

de *El Aleph*. Antes de la muerte de Borges, en 1986, Emir Rodríguez Monegal y Donald Yates realizaron reconstrucciones útiles de su vida literaria. Muchas de las biografías que han aparecido desde entonces, sin embargo, son poco más que anécdotas interesadas contadas por los allegados de Borges, aunque el trabajo de Alejandro Vaccaro, Marcos Ricardo Barnatán y Nicolás Helft ha sacado a la luz múltiples cartas raras, manuscritos y artículos periodísticos.

Williamson ha recorrido los materiales disponibles con un peine de púas finas, y también ha descubierto un número notable de documentos. Buena parte del terreno que abarca resulta familiar, ya que los hechos más destacados de la vida pública de Borges son muy conocidos: sus viajes, su colaboración fundamental en varias revistas literarias de Buenos Aires, incluida la influyente *Sur*; sus colaboraciones con Adolfo Bioy Casares y otros, su trabajo en la Biblioteca Nacional, la enfermedad congénita que le causó la ceguera, el afecto que sentía por la madre, con la que vivió hasta su muerte, cuando él ya tenía más de 70 años. Williamson resuelve contradicciones y corrige errores de anteriores biografías, y aprovecha información que ha salido a la luz en tiempos recientes. Más tendenciosamente, su estudio intenta reconstruir la vida personal y política de Borges en relación con la luz que arroja sobre su producción literaria.

Uno de los méritos de Williamson es que evita una trampa común en la vasta recepción crítica de la obra borgiana: la búsqueda de ideas metafísicas que puedan equipararse a los escritos de los filósofos, o superarlos. Borges era un irónico que escribía de maneras que hacen difícil, si no imposible, reconstruir una opinión filosófica coherente; disfrutaba ensayando en sus relatos ideas por las que experimentaba poca simpatía; y a menudo introducía contradicciones o lagunas deliberadas en sus reflexiones filosóficas. En las manos de muchos lectores, por consiguiente, sus relatos y ensayos equivalen a una prueba de Rorschach que abarca cualquiera de las inclinaciones metafísicas que ellos pudieran ya tener. Algunos han leído a Borges para confirmar una postura filosófica particular, y otros para criticarlo desde la perspectiva de otra. Algunos ven a Borges como el precursor de cierta opinión teórica, y otros como administrador de la sabiduría perenne. En el caso de estos intérpretes, ninguna información contextual puede afectar decisivamente a la valoración que hacen de la obra de Borges, y el momento histórico del escritor no es más que un espectáculo secundario para la apreciación de su obra. Williamson, por el contrario, basa su biografía directamente en el contexto argentino –siguiendo una línea de investigación trazada por Beatriz Sarlo en *Borges: un escritor en las orillas* (1995)– para reconstruir la trayectoria política de Borges y trazar las vicisitudes de sus obras.

La historia, por lo tanto, sirve de escenario a la evolución personal y literaria de Borges. Dicho eso, a Williamson le interesa tanto la vida privada del sujeto como su momento histórico, y es en los aspectos más íntimos y dolorosos de la primera donde sitúa los puntales de su inclinación al escepticis-

mo filosófico, incluso al solipsismo. La imagen que emerge es la de un hombre que hasta muy tarde en su vida no fue capaz de interesarse plenamente por el mundo debido a problemas no resueltos con sus padres y con sus amores, y que sublimó o codificó sus problemas y aspiraciones personales en la narrativa. Williamson sostiene que la escritura creativa de Borges estuvo determinada por un patrón general: el amor lo conectaba con la tierra, el fracaso en el amor lo convertía en un solipsista. El Borges de Williamson ve el mundo a través del prisma de su vida sentimental. Sus fracasos o éxitos y su incapacidad para romper con las expectativas sentimentales sirvieron, de acuerdo con esta explicación, de trasfondo a buena parte de su obra. La alegación se exagera en ocasiones y en otras resulta reduccionista, pero pocos podrían afirmar haber investigado con tanta profundidad los detalles de la vida de Borges. Sobre esta base, Williamson sugiere que las declaraciones de Borges en materia política, artística y personal deberían tomarse con cautela, e incluso con cierta conmiseración: sus opiniones estaban invariablemente teñidas por los accidentes de su vida personal.

La evolución de Borges en cuanto escritor, como esta biografía deja claro, estuvo inextricablemente unida al sector social en el que nació en 1899: la clase media urbana argentina. No era ni aristócrata, entregado a la norma de los terratenientes y los oligarcas exportadores criollos, ni miembro de la clase trabajadora, que soportó el grueso de las agitaciones económicas y la represión política de la Argentina del siglo xx. Su madre proclamaba descender de oficiales que lucharon en las guerras de liberación contra España; durante la agitación civil que siguió a la independencia, sus antepasados se pusieron del lado de los liberales contra el régimen dictatorial de Juan Manuel Rosas. Los abuelos paternos de Borges procedían de un medio similar, pero la abuela era inglesa. El padre –funcionario de los tribunales de Buenos Aires con aspiraciones literarias fallidas– estaba menos interesado que su esposa por los antepasados argentinos y más por sus raíces extranjeras. Expresaba su inconformismo de manera más firme en sus simpatías anarquistas: una vez aconsejó al hijo que «echara un vistazo a los soldados, los uniformes, los barracones, las banderas, las iglesias, los sacerdotes y las carnicerías», ya que todos ellos estaban a punto de desaparecer». De acuerdo con Williamson, Borges estuvo perseguido por la obsesión de su madre por los héroes del pasado y las ambiciones incumplidas de su padre. De hecho, antes de morir en 1938, el padre le pidió que rescribiera su propia novela, *El caudillo*, una solicitud que, opina Williamson, alimentó la brillante meditación de Borges sobre la originalidad y la repetición, «Pierre Menard, autor del Quijote», en la que un oscuro autor francés rescribe palabra por palabra la obra maestra de Cervantes, no copiando meramente el original, sino repitiéndolo.

Cuando el padre decidió trasladar a la familia de Buenos Aires a Europa –a Ginebra de 1914 a 1919 y a España de 1919 a 1921– el joven Borges (o Jorgito, como entonces lo llamaban) abrazó ideas socialistas y revolucionarias, calificándose de «maximalista» y abogando por el derrocamien-

to total del capitalismo. Esto fue unido a su descubrimiento del Expresionismo alemán, un movimiento que se apartaba de la representación naturalista de la realidad al tiempo que condenaba el militarismo de la sociedad burguesa. Entre las primeras publicaciones de Borges se encontraban «Rusia», «Épica soviética» y «Guardia roja», una serie de poemas bolcheviques que, en un idioma que imitaba tanto a Whitman como las audaces metáforas del Expresionismo alemán, saludaban el advenimiento de la Revolución Rusa. El mismo radicalismo sustentaba un proyecto colectivo que Borges analizó con algunos amigos en 1921, en las reuniones semanales organizadas en Buenos Aires por el anarquista filósofo Macedonio Fernández, para construir una novela de corte *quasi* dadaísta ambientada en Argentina. El argumento giraba en torno a una conspiración revolucionaria que pretendía provocar un colapso nervioso en la ciudad de Buenos Aires con la intención de elevar a Macedonio Fernández a la presidencia de la república y «abrir el camino al bolchevismo»: «los organillos ni siquiera acabarían una melodía, cortándola a la mitad; toda la ciudad se llenaría de objetos inútiles, como barómetros; se aflojarían las barandillas de los tranvías, etc.»

Williamson no determina el momento preciso en el que Borges abandonó sus tendencias bolcheviques, o las experiencias específicas que pudieran explicar ese abandono, atribuyendo el cambio, al menos en parte, a «las idiosincrasias de su educación». La afirmación de que Borges «nunca perdió de vista el legado de 1917» –y que conserva siempre «un fuerte sentido de las responsabilidades políticas del escritor»– es cuando menos ingenua, ya que muchas de las posturas políticas adoptadas más tarde por Borges no estaban informadas por sus compromisos radicales, sino por un temor a la inestabilidad social y a los proyectos revolucionarios bastante común entre los hombres y mujeres de su clase en toda América Latina. Pero está claro que en 1923 Borges había puesto fin a sus devaneos con el bolchevismo, como atestigua la exclusión de todos sus poemas revolucionarios de la colección que publicó ese año, *Fervor de Buenos Aires*. Mas esas fechas se había convertido en una de las principales figuras de la vanguardia argentina, habiendo vuelto de Europa como emisario de los ultraístas madrileños, un grupo bohemio cuyo objetivo era romper con los cansados tropos del Romanticismo mediante el uso de metáforas discordantes. En 1922, Borges y sus amigos crearon la revista *Proa*, que pronto inició con su homóloga *Martín Fierro* una rivalidad que definió los debates literarios del país en los años siguientes. Williamson describe bien el medio en el que se movía Borges, desde las etéreas reuniones de café hasta los ebrios traspies por las *orillas*, los barrios de inmigrantes pobres de Buenos Aires, hogar de navajeros y del tango.

Borges aceptó con satisfacción su ámbito porteño, y a mediados de la década de 1920 había virado directamente hacia el centro. Partidario activo del Partido Radical –que representaba los intereses de las clases medias urbanas a las que pertenecía su familia–, formó un grupo de jóvenes intelectuales para colaborar en la campaña de elección de Hipólito

Irigoyen para la presidencia en 1927. Una vez elegido, Irigoyen amplió los puestos de trabajo en el sector estatal y aumentó el gasto público; pero aunque se consideraba a sí mismo partidario de las clases populares, sus políticas provocaron conflictos con los sindicatos dirigidos por los anarquistas y con los sectores conservadores vinculados a los intereses ganaderos y a la economía de la exportación. Borges, mientras tanto, desarrollaba un concepto de fuerte nacionalismo cívico basado en un abandono voluntario de la etnicidad. En 1928 pronunció un discurso ante un grupo de activistas del Partido Radical en el que sostenía que, en Argentina, «los hombres de diferentes naciones» desaparecerían «en un hombre nuevo» y que la propia nación podría ser considerada «una generosa aventura por hombres de diferentes líneas de sangre cuyo objetivo no es perseverar en sus linajes, sino olvidarlos [...] Son líneas de sangre que buscan la noche».

Al final de la década, Borges había publicado otros dos libros de poesía –*Luna de enfrente*, 1925, y *Cuaderno de San Martín*, 1929– que lo establecieron como poeta importante; creía que estaba respaldando a un partido político digno y destinado a modelar el futuro de su país; era influyente en los círculos literarios de Argentina como escritor creativo y periodista; y albergaba esperanzas respecto a su vida personal. El descubrimiento más destacado de Williamson es la importancia que para Borges tuvo la relación con Norah Lange, una joven escritora que había tomado bajo su protección. Tras un breve romance, Lange lo rechazó, algo que resultó humillante en varios aspectos: aceptó a Oliverio Girondo, uno de los principales rivales de Borges, publicó reseñas mordaces sobre las obras de éste, e incluso escribió una crítica *roman à clef* sobre la relación de ambos. De acuerdo con Williamson, el fracaso de esta relación afectó a Borges durante décadas: inmediatamente después de su terminación escribió las obras más solipsistas y suicidas, como «Sentirse en muerte», y después abandonó por completo la poesía durante veinte años. Posteriormente, Borges vivió una serie de relaciones amorosas, incluidos su matrimonio fracasado con Elsa Astete y un romance intermitente con la enérgica comunista Estela Canto, a quien dedicó su influyente relato «El Aleph».

Los problemas personales de Borges aumentaron con el hundimiento de sus esperanzas políticas. Irigoyen fue derrocado por un golpe militar en 1930, y las crecientes mareas de fervor nacionalista en Argentina y Europa –la Alemania nazi era muy popular entre los intelectuales y los políticos argentinos– puso fin a los sueños que Borges había albergado para su país en la década de 1920. Ahora se avergonzaba de sus tres primeros libros de ensayos –*Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *El idioma de los argentinos* (1929)– porque, aunque el sueño que expresaban para Argentina era liberal y daba una buena acogida a los inmigrantes, la elección del tema lo alineaba retroactivamente con el chovinismo nacional que él aborrecía. Las tensiones políticas de la década de 1930 influyeron directamente en los grupos intelectuales que Borges frecuentaba. Mientras que algunos evolucionaron hacia la extrema derecha, otros viraron a la

izquierda y respaldaron a los socialistas o a los comunistas; una polarización todavía más agudizada por el estallido de la Guerra civil española. Borges, sin embargo, seguiría respaldando al Partido Radical durante décadas. Veía con escepticismo a la izquierda latinoamericana, pero también se convirtió en enemigo acérrimo de quienes respaldaban el sueño reaccionario para su país, y se opuso a destacadas figuras intelectuales o políticas como Leopoldo Lugones, partidario de un Estado corporativista dirigido por y para los criollos. En 1934, el cosmopolitismo de Borges se había convertido en materia de suspicacias: una revista nacionalista lo atacó por ocultar sus orígenes judíos (inexistentes), ataque al que dio una cáustica respuesta afirmativa en un texto titulado «Yo, judío».

Con el estallido de la guerra en 1939, mientras los simpatizantes fascistas desfilaban por las calles de Buenos Aires apoyando a Hitler, Borges advertía que la victoria alemana conduciría a «la ruina y la degradación de todo el planeta». Los temores por su país se hicieron realidad en 1943, cuando un golpe de Estado llevó al poder a Juan Domingo Perón, instalando un régimen que Borges denominó «nuestra imitación autóctona del fascismo». Condenó los abusos del régimen, entre ellos la censura, la confiscación de propiedades y la detención y tortura de los opositores políticos. Se convirtió en miembro activo de la SADE, Sociedad Argentina de Escritores, y durante la década de 1940 reaparecería como una figura de prestigio nacional. Fue una época en la que publicó algunos de sus relatos más famosos: *El jardín de los senderos que se bifurcan* apareció en 1941, y los contenidos de este volumen se añadieron a otros relatos para publicar la que posiblemente sea su colección más conocida, *Ficciones* (1944). Hasta los más metafísicos de estos relatos tenían un significado político que pasa desapercibido a quienes leen a Borges ahistóricamente. Su cosmopolitismo culto constituía una afrenta para la miope visión que el régimen tenía de la literatura argentina, a la que consideraba una empresa patriótica «moralizadora». En 1945, Borges recibió un galardón expresamente creado, el «Gran Premio» de la SADE por *Ficciones*, un evento diseñado para reunir apoyos para la causa antiperonista.

En 1950 Borges se convirtió en presidente de una SADE muy debilitada, y siguió pronunciándose en contra de Perón y a favor de la libertad intelectual. Pero cuando Perón fue derrocado por el general Aramburu en 1955, Borges se apresuró a ofrecer su apoyo a la junta, a la que consideraba un baluarte contra los «dictadores demagógicos» de izquierda o derecha. En una entrevista concedida en 1956, declaró que en Argentina la democracia debía aplicarse sólo en dosis graduales, porque «sigue habiendo muchos pacientes recalcitrantes que se niegan a mejorar y se resisten a la terapia revolucionaria». Una combinación de caudillos y elecciones de las que estaban excluidos los partidos peronistas mantuvo al populismo que Borges tanto temía fuera del poder durante casi dos décadas, tiempo durante el cual él conservó una hostilidad implacable hacia las políticas de izquierdas, en Argentina y en otros países de Latinoamérica. En «Ragnarök», un relato de 1959, los dioses emergen de los suburbios de Buenos Aires

con forma de criaturas deformes y salvajes que «advertían de la degeneración de la raza olímpica». Williamson interpreta esto como expresión de la decepción de Borges por el apoyo de la clase trabajadora al peronismo; al final del relato, lo cual es revelador, el narrador y sus compañeros «sacamos los pesados revólveres [...] y alegremente dimos muerte a los dioses».

Mientras tanto, la fama internacional de Borges crecía rápidamente: Roger Caillois había traducido *Ficciones* al francés en 1951, provocó una cadena de reseñas y reconocimiento que culminó con la concesión a Borges, conjuntamente con Samuel Beckett, del primer Premio Internacional de las Editoriales en 1961. El libro se tradujo al inglés el año siguiente. A medida que le llovían las invitaciones para dar conferencias en todo el mundo, las declaraciones públicas de Borges se endurecieron, atacaba al gobierno de Castro y a otros movimientos revolucionarios del continente. En 1962 abandonó el Partido Radical para pasarse al Conservador. Cuando Perón recuperó el poder mediante elecciones democráticas en 1973, Borges se indignó; la muerte del presidente en 1974 no le sirvió de consuelo, ya que su segunda esposa, Isabelita, lo sucedió en el cargo. Cuando el general Videla la derrocó mediante golpe de Estado en 1976, Borges reaccionó con júbilo.

Como señala Williamson, las declaraciones políticas efectuadas por Borges en este periodo fueron tan presuntuosas como confusas y contradictorias. Williamson explica con detenimiento que Borges fue incapaz de reconciliar su deseo de democracia liberal con las elecciones libres que habían llevado al poder a su némesis política. Decidió apoyar la dictadura con la esperanza ilusoria de que ésta pudiera, al controlar a los peronistas y a los comunistas, hacer realidad las esperanzas de democracia liberal que él experimentaba. Cuando ya no pudo negar la corrupción y la brutalidad del régimen de Videla, argumenta Williamson, «no pudo dar sentido a la historia de Argentina, porque los “hombres de honor” que habían librado al país del peronismo desplegaban ahora el mismo nacionalismo agresivo que había sido una de las principales razones de que él odiara a Perón». Pero Williamson pasa por alto el hecho de que las críticas de Borges a la dictadura no surgieron hasta que la guerrilla insurgente de los Montoneros fue aplastada en la guerra sucia. Sólo con la derrota segura de la izquierda –y presumiblemente con el aplacamiento de sus temores de clase– Borges se convirtió en un crítico declarado de la junta militar y expresó simpatía abierta por las Madres de la Plaza de Mayo en 1980. Al pedir una investigación para descubrir el destino de los desaparecidos que llevara a los perpetradores ante la justicia, fue calificado de «grotesco traidor a la nación» por la prensa oficial argentina; las tormentas retóricas siguieron remolineándose en torno a Borges incluso tras la caída de la dictadura. Ésta es sin duda la razón de que a finales de 1985 decidiera trasladarse a Suiza, donde murió al año siguiente.

Para muchos, la notoria cena con el dictador chileno Augusto Pinochet había demostrado las credenciales reaccionarias de Borges, a pesar de que

como escritor hubiera desempeñado una función inspiradora y revolucionaria en las letras contemporáneas de Latinoamérica. A la muerte de Borges, muchos críticos literarios importantes de la izquierda –como el cubano Roberto Fernández Retamar o el peruano Antonio Cornejo Polar– moderaron sus opiniones. De hecho, desde la década de 1940, y quizá incluso antes, los escritos de Borges habían sido leídos con entusiasmo por muchos que después siguieron sus pasos y transformaron la prosa otrora formal, retórica y estilizada de buena parte de la narrativa latinoamericana mediante toques fantásticos, ironía, pareceres filosóficos, géneros híbridos y un tono iconoclasta. Sus obras se burlaban de una tendencia generalizada en la prosa latinoamericana –que él mismo había ejemplificado en la década de 1920– de alternar entre un rencoroso sentimiento de inferioridad respecto a la literatura mundial, y muestras de arrogancia nacionalista. Muchos escritores latinoamericanos aprovecharon libremente las obras de Borges para sus propios fines literarios. García Márquez, por ejemplo, reconcilió la admiración por la maestría de Borges con el repudio a su política repitiendo algunos de los conceptos más distintivos de Borges con trasfondos socialistas.

La exhaustiva biografía de Williamson introduce los logros literarios de Borges en el contexto de la historia argentina y de su vida íntima. La segunda sobresale hasta el final, cuando la viuda de Borges, María Kodama, aparece como la primera lectora verdadera de sus obras, capaz de ver la angustia que hay tras una imaginación cerebral y metafísica en apariencia. Como compañera de Borges desde comienzos de la década de 1970 hasta la muerte del escritor también fue, de acuerdo con Williamson, la inspiración para la gran creatividad de los últimos años. La imagen es halagüeña para Kodama, pero también sintomática de una decepcionante tendencia de Williamson a usar el amor como clave principal de la vida y de la obra de Borges. No obstante, está claro que el compromiso de Borges con la literatura y con la política argentina estuvo teñido por sus dificultades personales, y el retrato de Williamson es más instructivo que las opiniones habituales que presentan a Borges como animador de dictadores, o menosprecian su vida política y personal por considerar que carece de importancia para su trayectoria literaria.